



LA VIVENCIA CRISTIANA, FACTOR CLAVE EN EL CATECUMENADO

Eduardo Valenzuela Magaña¹

ANTECEDENTES GENERALES DE LA TENSION CATEQUÉTICA ENTRE “INTELECTO” Y “VIVENCIA”

En el diálogo catequético pastoral existe una tensión evidente entre dos posturas que parecen irreconciliables y que podríamos denominar de la siguiente manera: la catequesis “intelectualista” versus la catequesis “vivencialista”.

En muchos documentos de la iglesia latinoamericana y mundial, se manifiesta esta dicotomía que se expresa de modo antagónico, hablando incluso en términos de positivo y negativo, de lo bueno y lo malo de ambas posiciones, consagrando evidentemente la bondad implícita de una postura frente a la otra².

1 Magíster en Filosofía de las Ciencias, Ingeniero Industrial, Profesor de Estado en Religión, Director Gerente de Editorial Diakom dedicada a la catequesis, miembro de la Comisión Nacional de Catequesis y del Equipo Local de Chile del III Congreso Internacional del Catecumenado.

2 El tema se repite en distintos documentos y publicaciones. Solo como muestra puede revisar las siguientes referencias: III Semana latinoamericana de catequesis, Hacia un nuevo paradigma de la catequesis, n° 94 – 95; DECAT, Líneas comunes de orientaciones para la catequesis en América Latina, n° 59 – 60; Conocimiento vivencial de la fe (C.T. 10 y D.C.G 17 y 111). Sobre lo específico de la ERE ver Daniel NIÑO LÓPEZ, “La enseñanza de la religión en la escuela”, Revista Actualidades Pedagógicas N° 50 / Julio - diciembre 2007, CT 22.

Lo positivo de lo vivencial, está entre muchas otras bondades, en su asociación a lo bíblico (como experiencia paradigmática de la vida de fe), la integración fe-vida; la incorporación de valores de la cultura y la religiosidad popular, lo comunitario, etc. En cambio se critica la posición intelectualista de la catequesis, por ser solamente una transmisora de conocimientos, fragmentaria, sin continuidad; descarnada; con reducción a ciertos aspectos del mensaje.

Desde la otra vereda se critica a los catequistas vivencialistas de manera muy dura, culpándolos de trabajar con puro sentimentalismo y no educar la fe de las personas que deben aprender a dar “razones de su esperanza”. Se les culpa de la supuesta esterilidad de la catequesis que no forma en los elementos básicos de la doctrina y que provoca una serie de cristianos ignorantes de su fe que no poseen los fundamentos para sostener su opción de creyentes, ni hacer de su fe una casa “intelectualmente habitable”. Esto se evidencia cuando al terminar procesos catequísticos, los catequizados son interrogados sobre elementos básicos del Credo y se verifica mayormente su ignorancia.

Esta dicotomía también se ha trasladado al problema de los ámbitos de la catequesis, en particular a la discusión sobre la catequesis parroquial y la clase de la religión que se realiza en la escuela. Para resolver esta discusión, muchos han recurrido al “argumento dicotómico” para encontrar la solución; de este modo la enseñanza de la fe en la escuela sería más “intelectual” y en cambio la catequesis sería más “vivencial”. Esta característica esencial de ambos ejercicios delimitaría de manera definitiva estos ámbitos. En uno se forma a cristianos con vivencia religiosa lo que incluye la oración, la comunidad, vínculos humanos, etc.; en la otra en cambio, se asocia la religión a un problema cultural, comparativo, conceptual, etc. Unos educarían la mente y otros el corazón.

Por último diremos que estas posturas han desencadenado distintas concreciones. Se habla de métodos deductivos (intelectuales) versus los inductivos (experienciales). Textos de catequesis inte-

lectualistas (con muchas páginas de lectura, serios, sistemáticos, etc.), versus los vivenciales (casi sin contenidos, de baja densidad formativa, etc.). También están los catequistas “profesores” que hacen “clases” de catequesis y los catequistas “animadores” que son “entretenidos”, pero no enseñan. Los itinerarios sistemáticos, contra los experienciales; los educadores ortodoxistas contra los ortopraxistas, etc. Todo esto produce una serie de binomios que complican el panorama catequético y obligan a tomar posiciones. Usted debe optar por la catequesis vivencial, o la catequesis doctrinal; por el lenguaje tradicional o el lenguaje popular; por una catequesis situacional a una catequesis sistemática; por una “verdadera catequesis” o por otra que sencillamente no lo es. Usted verá cuál es cuál.

NI ORTODOXIA NI ORTOPRAXIS POR SI SOLA

Si bien con fines retóricos hemos acentuado la dicotomía existente entre lo intelectual y lo experiencial, creemos haber descrito de manera general en qué consiste esta tensión educativa. El catequista tiene que llegar a aceptar la existencia de esta tensión, evitando caer en la tentación de romper la dialéctica por la eliminación de uno de los polos. El problema no se debe plantear solamente como una dicotomía entre lo vivencial y lo doctrinal, sino que se impone la tarea de integrar con inteligencia ambas dimensiones al mismo tiempo. Esto se debe a que la fe no se puede reducir al asentimiento teórico a determinados dogmas ni a un acto puramente emotivo, sino que es un “acto total”, en el cual decidimos entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. Sin embargo, si esta entrega no tiene contenidos de base o si no implica la dimensión afectiva de una persona, se transforma en un acto parcial sin plenitud. Por esto urge preguntarnos ¿De qué manera lograr que ambas dimensiones de la fe se integren y refuercen mutuamente?

El Papa Juan Pablo II abordó este problema en su encíclica *Catechesi Tradendae*, al reflexionar sobre la ortopraxis y la ortodoxia. En el número 22 leemos:

“Es inútil insistir en la ortopraxis en detrimento de la ortodoxia: el cristianismo es inseparablemente la una y la otra. Unas convicciones firmes y reflexivas llevan a una acción valiente y segura; el esfuerzo por educar a los fieles a vivir hoy como discípulos de Cristo reclama y facilita el descubrimiento más profundo del Misterio de Cristo en la historia de la salvación.

Es asimismo inútil querer abandonar el estudio serio y sistemático del mensaje de Cristo, en nombre de una atención metodológica a la experiencia vital. «Nadie puede llegar a la verdad íntegra solamente desde una simple experiencia privada, es decir, sin una conveniente exposición del mensaje de Cristo, que es el “Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6)».

No hay que oponer igualmente una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios mismo ha hecho al hombre, en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una «traditio» viva y activa, de generación en generación. Pero esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio.” (CT 22)

Hasta aquí la cita. Ya comentaremos algunos conceptos de ella más adelante.

REDEFINIENDO EL PROBLEMA: BREVE ESBOZO DE LA RELACIÓN ENTRE EMOCIÓN Y COGNICIÓN

Después de este breve recorrido, nos podemos preguntar qué está en el fondo de esta discusión. En lo particular, creemos que el fondo del asunto es una discusión epistemológica acerca del camino con el que efectivamente podemos llegar a “conocer” la fe. La

pregunta es cómo realmente, y en el sentido más amplio posible, aprendemos la fe: experimentándola de manera vivencial o entendiéndola de manera conceptual. Lo que proponemos es atrevernos a cuestionar lo genuino del problema, haciendo una revisión de lo que entendemos por cognición, incluyendo una visión más acabada del lugar que ocupan los sentimientos y por lo tanto la vivencia en los actos cognitivos. Solo comprendiendo de manera mas adecuada la relación entre emoción y cognición, creemos se empezará a diluir esta tensión entre intelecto y vivencia.

En su libro “Psicología de la Inteligencia”, el psicólogo suizo Jean Piaget (1987) establecía una relación directa entre cognición y sentimientos. En ese documento leemos lo siguiente en relación a este binomio:

“La vida afectiva y la vida cognoscitiva, aunque distintas, son inseparables. Lo son porque todo intercambio con el medio supone a la vez una estructuración y una valoración, sin que por eso sean menos distintas, puesto que estos aspectos de la conducta no pueden reducirse el uno al otro. Es así como no se podría razonar, incluso matemáticas puras, sin experimentar ciertos sentimientos, y como, a la inversa, no existen afecciones que no se hallen acompañadas de un mínimo de comprensión o de discriminación... Los elementos perceptivos o intelectuales que se encuentran en todas las manifestaciones emocionales afectan a la vida cognoscitiva del mismo modo que cualquier otra reacción perceptiva o inteligente”³.

En el mismo lugar continúa su análisis diciendo:

“Lo que el sentido común llama ‘sentimientos’ e ‘inteligencia’, considerándolos como dos ‘facultades’ opuestas entre sí, son simplemente conductas relativas a la personas y las que se refieren a las ideas o a las cosas: pero en cada uno de esas conductas inter-

3 Jean PIAGET, *Psicología de la inteligencia*, Crítica, Madrid 1999, 16.

vienen los mismos aspectos afectivos y cognoscitivos de la acción, aspectos siempre unidos que en ninguna forma caracterizan facultades independientes”⁴.

Al leer las palabras de Piaget, surge inmediatamente el interrogante acerca de la educación de la fe. Si el psicólogo suizo pensó en la íntima relación que existe entre emoción o vivencia y el estudio de la matemática, cuánto más deberíamos aceptar que no es posible hacer tal dicotomía en el ámbito de la fe. Hemos construido una discusión basándonos en un hecho que al parecer es falso: que es posible separar la “ortodoxia” de la “ortopraxis”, es decir, que puede enseñarse un concepto sin vivencia y una vivencia sin conceptos. Juan Pablo II estaba en lo cierto al señalar que son inseparables la una de la otra, tanto es así que no se puede hablar de vivencia sin referencia a ciertos contenidos conceptuales, ni a conceptos sin tocar la vivencia, porque según el decir de Piaget, estos aspectos actúan “siempre unidos” y “en ninguna forma caracterizan facultades independientes”.

EL CEREBRO EMOCIONAL

Demos un paso más para entender cómo procesa información nuestro cerebro. Para interactuar con algo y procesar nuestras percepciones sensoriales, nos valemos de nuestro cerebro. Es interesante pensar que el cerebro humano es en realidad “dos cerebros” conectados entre sí: el sistema límbico y la neocorteza. El sistema límbico es la raíz más primitiva del cerebro, este es el tronco cerebral desde donde han surgido los centros emocionales que evolucionaron a los niveles superiores y relativamente nuevos como la neocorteza⁵. Lo que llamamos acto intelectual se basa en la interconexión entre ambas estructuras cerebrales, que si bien funcionan, como veremos más adelante, a velocidades distintas, lo hacen en línea.

⁴ Ibid.

⁵ Cfr. David GOLEMAN, *Inteligencia espiritual*, Kairós, Barcelona 2000, 28-31.

Durante el transcurso del tiempo, el cerebro ha ido evolucionando de manera lenta, pero progresiva. Esto lo podemos constatar ya que este órgano a través del tiempo no solo ha aumentado su tamaño, sino que fundamentalmente los cambios se han producido en la cantidad de nuevas conexiones entre el sistema límbico y la neocorteza.

El sistema límbico es el que domina las emociones como el temor, el amor, la ira, la vergüenza. Este sistema proporcionó dos herramientas que permitieron la supervivencia y conservación de la especie: el aprendizaje y la memoria emocional. El miedo provocado por un animal peligroso, predisponía la huida del hombre primitivo hacia un lugar más seguro. Lo mismo ocurría con plantas peligrosas, o, al revés con personas amistosas de la tribu.

Para James y Canon “las experiencias emocionales conscientes son consecuencia de procesos emocionales anteriores (evaluaciones o valoraciones) que ocurren fuera del conocimiento consciente es decir inconsciente”⁶.

LA MEMORIA EMOCIONAL O LA FUNCIÓN COGNITIVA DE LA EMOCIÓN

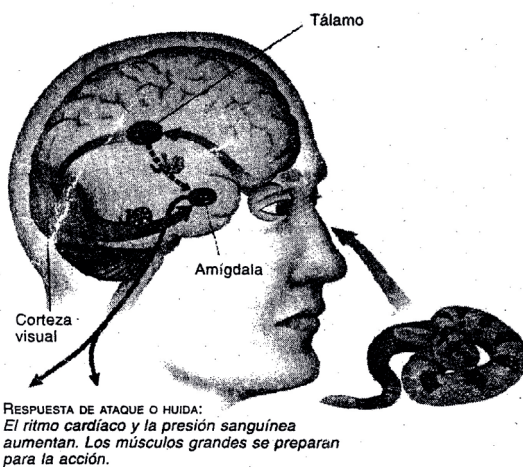
Cuando nuestro organismo se encuentra bajo situaciones de emergencia, muchas veces señalamos que actuamos sin pensar. Este acto inconsciente e instantáneo, es producido por un órgano parte del cerebro llamado amígdala, (latín significa almendra), el cual es un racimo que se encuentra en el tronco cerebral y que nos hace actuar automáticamente en situaciones emocionales fuertes. A esta reacción la llamamos asalto emocional. Es en este mismo órgano en el cual se almacena la memoria emocional, la cual es muy importante para almacenar las experiencias previas y las significaciones personales.

6 Citado por Joseph LEDOUX, *El cerebro emocional*, Planeta, Barcelona 1999, 101.

Uno de los primeros científicos en descubrir la importancia de la amígdala es Joseph Ledoux. Él señala que “anatómicamente el sistema emocional puede actuar con independencia de la neocorteza”. Lo que implica que el aprendizaje emocional no depende de la neocorteza, es decir, las respuestas emocionales pueden producirse sin la participación de los mecanismos cerebrales superiores de procesamiento tales como: el razonamiento y la conciencia.

Para comprender más claramente el funcionamiento de la amígdala veremos un ejemplo: Vamos por la calle y vemos a alguien que viene corriendo hacia nosotros, la persona, al llegar, nos golpea la cabeza y nos roba la cartera o el bolso. La próxima vez que alguien se acerque a nosotros corriendo, lo más probable es que algunas corrientes del miedo entren en juego. Seguramente nos quedaremos inmóviles y nos prepararemos para defendernos, la presión sanguínea aumentará, sudarán nuestras manos, el ritmo cardíaco aumentará. Todas estas reacciones son el estímulo condicionado del miedo. Si volvemos a la calle donde fuimos atacados, aunque no exista nadie corriendo el cuerpo experimentará estas reacciones de defensa.

En el siguiente esquema se muestra cómo actúan las vías cerebrales de defensa. El hombre de la imagen camina y observa una serpiente, el estímulo visual se procesa en el cerebro a través del tálamo. Una parte de éste tálamo transmite hasta el núcleo amigdalítico, quien reacciona al peligro aumentando el ritmo cardíaco y la presión sanguínea en los músculos de las piernas para la huida.



Vías cerebrales de Defensa⁷.

Como vemos en el esquema una misma sinapsis se divide en dos estímulos. Una más rápida se dirige al tálamo y provoca una serie de reacciones físicas que nos permiten sobrevivir en una situación como esta. La otra, se dirige a la corteza visual y es más lenta. Antes de saber que lo que estamos viendo es una serpiente y que puede morder nuestra mano, nuestra amígdala ya nos ha hecho sacar nuestra mano del lugar.

AMÍGDALAS Y MEMORIA

Uno de los aportes más interesantes para la educación, consiste en la relación que el investigador establece entre la amígdala y la memoria. Según él existe una memoria que podríamos llamar “memoria emocional”. Mecanismo completamente independiente de procesos conscientes y racionales. Para el autor “algunas reacciones emocionales y memorias emocionales pueden formarse sin la menor participación consciente y cognitiva”

Podemos señalar entonces que mientras el hipocampo, que forma parte del sistema límbico, recuerda datos simples, la amígdala retiene el clima emocional que acompaña a esos datos. Esta afirmación nos permite explicar por qué ciertas fechas, por ejemplo, relacionadas con estados emocionales relevantes, son recordadas con absoluto detalle y claridad.

La unión de las funciones emocionales y cognitivas es fundamental para el aprendizaje ya que es esta última la que permite el cambio de reacción a acción. La conexión que existe entre la corteza prefrontal y el núcleo amigdalítico permiten al hombre planificar y ejecutar acciones emocionales.

⁷ Extraída de J.LEDOUX, 185

Para el autor afrontar una emoción es “planear cognitivamente acciones voluntarias una vez que hemos tenido una reacción emocional provocada involuntariamente”⁸. Lo eficaces que seamos en esta tarea dependerá de la disposición genética, las vivencias pasadas y la creatividad cognitiva.

Ledoux (1999) recurre al papel de la amígdala en la infancia, para sustentar lo que hace mucho tiempo ha sido un principio básico del pensamiento psicoanalítico: señalar que las interacciones de los primeros años de vida, proporcionan un conjunto de lecciones emocionales basadas en la adaptación y en las dificultades de los contactos entre el niño y las personas que se ocupan de él. Para el autor, las emociones de un niño, aún antes de que conozca las palabras para expresarlas, están almacenadas en la amígdala. Podemos señalar, entonces, que los sentimientos son anteriores a los pensamientos, pero que asociando estos dos elementos, podemos favorecer procesos cognitivos tan relevantes como la memoria.

En la teoría conductista se daba por sentado que los psicólogos podían estudiar el modo que el ser humano aprende lo que aprende, sin embargo, actualmente el dar respuesta al interrogante de aprender exige una mayor cantidad de mecanismos de memoria del cerebro, que como hemos visto, utiliza los mecanismos de aprendizaje para la creación de recuerdos emocionales.

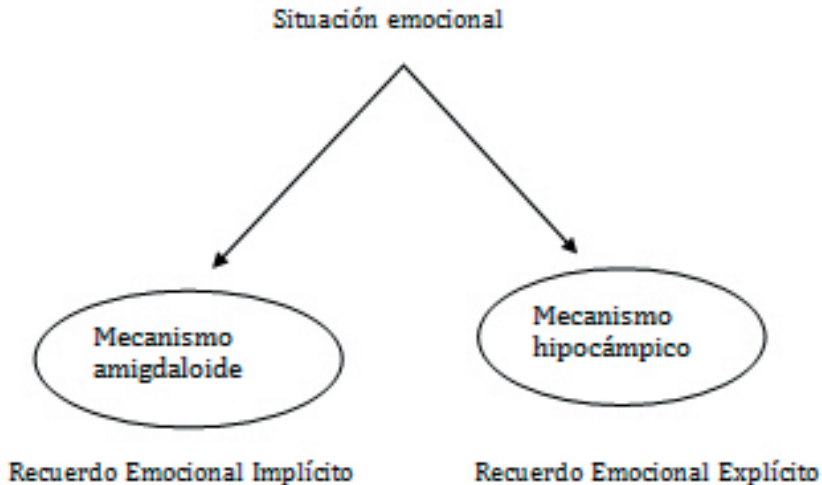
Es importante señalar a que nos referiremos con el término memoria: es ser consciente de alguna vivencia pasada. Nuestro cerebro posee dos mecanismos de memoria, a saber, la memoria explícita y la memoria implícita. Ledoux distingue como memoria implícita a la “memoria emocional” y como memoria explícita al recuerdo de una emoción.

8 Ibid., 198

Para tener un recuerdo emocional estos dos tipos de memoria deben actuar juntas, el recuerdo explícito depende del hipocampo que nos entrega las representaciones espaciales, crea el contexto para los recuerdos. La memoria implícita es el recuerdo emocional que poseemos de situaciones donde hemos experimentado como en este caso, el miedo. Aquí es el núcleo amigdalítico es el que actúa para producir las acciones necesarias para el peligro.

En el siguiente esquema se señalan cuáles son los mecanismos cerebrales del recuerdo emocional y el recuerdo de la emoción

Mecanismos Cerebrales del Recuerdo Emocional y del Recuerdo de la Emoción



MECANISMOS ASOCIADOS A LA MEMORIA

En conclusión, creemos haber dado cuenta de evidencias suficientes acerca de cómo una función cognitiva básica como la memoria, funciona de manera bidimensional; valiéndose de procesos explícitos contextuales que son a los cuales siempre nos referimos cuando pensamos en recordar información; e implícitos, que dan el valor emocional al recuerdo y que constituyen una poderosa herramienta para recuperar de manera eficiente contenidos que tenemos guardados en nuestro cerebro. Estos dos tipos de memoria son fundamentales para enfrentar situaciones de la vida cotidiana.

Asociado a nuestro ámbito, podemos decir que si queremos en catequesis favorecer el recuerdo de información relevante, tenemos que ser capaces de lograr que los catequizandos procesen no solo de manera conceptual la información, sino que debemos asociar a ellos contenido emocional que le den un valor implícito al contenido tratado. Recordar será más fácil si recuperamos el contexto emocional o la relación emocional del catequizando con el contenido que estamos tratando. De acuerdo a Ledoux, “se recuerda mejor si nos encontramos en la misma situación o estado emocional”⁹ en el cual se aprendió el contenido.

No tenemos seguridad absoluta, si esta comprensión de la función cognitiva de la emoción disuelve el problema catequesis intelectual versus catequesis emocional o vivencial; pero si está claro que quien pretenda desacreditar lo emocional como un ámbito ajeno al aprendizaje de contenidos; o quien sugiera que la única manera de aprender algo en catequesis es desterrar cualquier elemento emocional; tendrá que revisar que entiende realmente por emoción. Por otra parte, quien crea que lo único valioso es la vivencia, entendida esta como algo independiente de los contenidos, debe diferenciar el puro “emocionalismo” de la “vivencia” como método educativo. A esto nos referiremos en el último apartado.

⁹ Ibid.,235.

LA VIVENCIA RELIGIOSA COMO ELABORACIÓN CON EL CORAZÓN DE LAS VERDADES RELIGIOSAS

Uno de los educadores más notables de nuestro tiempo, el Padre José Kentenich, ha definido la vivencia de este modo: “La vivencia religiosa es la percepción y elaboración con el corazón de las verdades religiosas”. Es decir, vivenciar una realidad implica percibir un concepto o verdad no solo de un modo intelectual, sino de lograr una percepción y a la vez elaboración de este concepto con el corazón. No se trata sólo de calar el corazón de una persona o de hacerlo “sentir”, lo que correspondería a un puro “emocionalismo”; sino también de ser capaz de elaborar el contenido desde ese ámbito. Se trata que todo el ser humano, sea captado y se empape con esa verdad.

La definición de “corazón” acá es metafórica. Se trata de alguna manera de un “puente” entre el acceso puramente conceptual y el puramente emocional a un contenido. La vivencia religiosa tiene una función integradora, completiva e integral. Lo interesante es que una vivencia más allá de lo puramente conceptual, produce vínculo con la realidad conocida y no solo nuevo manejo de contenidos.

El aprendizaje de conceptos sin lo vivencial, entrega conocimientos que como todos sabemos se pueden olvidar. Al ser aprendidos sin memoria implícita, son difíciles de recordar. Desde esta perspectiva, los contenidos que aprendemos solo intelectualmente, son “definiciones”; en cambio, los contenidos aprendidos desde la perspectiva vivencial generan “convicciones”. Juan Pablo II hablaba de “convicciones firmes y reflexivas” que ayudaban a “vivir hoy como discípulos de Cristo” (CT 22). La diferencia radica en que las definiciones las puedo aprender sin estar comprometido con ellas, en cambio con las convicciones tengo vínculo afectivo, es decir, me implican. Algo mío, algo que valoro, está en ellas, por lo tanto, no puedo simplemente abandonarlas.

Algo similar ocurre con la enseñanza moral. Una enseñanza moral desde los conceptos consiste en una exposición de ideas o principios no encarnados. En cambio, los formandos deberían ver en el formador una verificación existencial de una verdad, eso es lo que reiteradamente denominamos testimonio. La vida moral es una conducta relacional que se basa en el amor a Dios. Romano Guardini explicando este enfoque señalaba: “En el contexto de un gran amor, todo lo que sucede acontece en su ámbito” ¿Qué significa esto? Que la conducta moral desde la perspectiva cristiana, es una conducta explicada por la vivencia vinculante entre el educando y el Dios amoroso que en Jesús ha salido a su encuentro. Por eso que todo hecho moral desde la fe no es principista, sino vivencial. Respetamos la vida por que es un don de Dios Padre; cuidamos la naturaleza porque es una creación de Dios; amamos al prójimo porque es un hijo de Dios; evangelizamos porque el amor que hemos recibido de Dios nos desborda y no podemos callarlo.

Explorar como convertir los itinerarios catequísticos en itinerarios vivenciales, sea probablemente la tarea más importante para este tiempo en el cual como nunca antes se valora la vivencia humana como punto de entrada y llegada del anuncio salvador de Jesús.